

*Celina A. Lértora Mendoza*

Cuando acordamos la realización de esta presentación, pregunté a Mauricio a quién elegía para invitar y me dijo: “no corresponde que sea ninguno de los que escribié prólogos, y ese criterio que se tuvo en las presentaciones de Uruguay debe mantenerse, y si bien tengo muchos amigos argentinos, por el tema del libro considero que les interesaría y lo harían muy bien Carlos Cullen y Alejandro Cerletti, y por supuesto vos porque sos la organizadora y porque además vas a escribir la reseña para el *Boletín de Filosofía*”. Por cierto me corresponde escribir la reseña, pero para esta presentación consideré que mis colegas lo harían más que bien, como efectivamente ha sucedido. Por otra parte, Mauricio ha dicho que el ha “bendijo” la obra de los compiladores pero no se ha mezclado en ella, ya que a su juicio, lo más importante es que los coordinadores eligieran aquellas partes de su obra que les resultaran mejor, por motivos personales de ellos. La selección que hicieron –tal vez Mauricio hubiera hecho otra y desde luego cualquiera de nosotros también- refleja un escorzo, un perfil, pero no oscurece la figura porque nos muestra una dimensión real de ella.

Por lo tanto, prefiero referirme a otro aspecto, lo que se podría llamar la “prehistoria” del libro (pues la “historia” nos la ha contado Juan Carlos Iglesias, uno de los coordinadores). Esta prehistoria tiene que ver con toda la vida de Mauricio filósofo, de la que he sido testigo por treinta años, ya que, entre otras cosas, Mauricio fue uno de los primeros amigos y colaboradores de FEPAI. Incluye, sobre todo, un tema que me parece de muy especial interés: el “filósofo comprometido”, como solía y suele decirse en nuestros ámbitos (y Mauricio debió exiliarse de su patria por sus convicciones políticas). Siempre me interesó el tema y los alcances de esa expresión que en general todos compartimos, pues se supone que todo filósofo es un “comprometido”, al menos con la verdad tal como él honestamente la vea. Pero además un filósofo suele ser comprometido con otros aspectos como la religión, o la política y esto también me parece natural pues los seres humanos (filósofos o no) tenemos muchos grupos de pertenencia y pensamos con todo lo que somos y tenemos. Más aún, hacer filosofía puede considerarse, en sí mismo, un ejercicio de comunicación social, política, ideológica en sentido amplio (incluyendo adhesiones religiosas, cosmovisionales, económicas, etc.). La cuestión, está más bien –según me parece- cuando se da una situación tensionada y quizá conflictiva, que Aristóteles caracterizó con su célebre frase justificadora de su alejamiento de la Academia: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*.

Y he aquí la cuestión ¿cuál es el punto en que la adhesión a un compromiso personal tiene el límite de la *veritas* propia? Debo decir aquí que la respuesta me llegó en una situación muy especial, y por medio de Carlos Cullen, que tal vez ni se acuerde del hecho, pero que para mí fue muy clarificador y me alegra de poder agradecerlo públicamente. Eran los tiempos del retorno a la democracia, y la Coordinadora Radical había tomado el control de las Universidades y el CONICET. Especialmente dura parecía la situación en la Facultad de Filosofía de la UBA y en las Comisiones Asesoras de Filosofía del CONICET, dominadas por la filosofía analítica, que ponía en cuestión casi el 80% de la producción filosófica de ese momento. Hubo una reunión en FEPAI, a la que asistieron Mario Casalla, Carlos Cullen, Carlos Alemián y otros dos o tres invitados cuyo nombre ahora no recuerdo. Luego de un rato de exponer la gravedad de la situación que nos colocaba en la opción de abandonar los “pseudoproblemas” de la antropología filosófica, la metafísica, la historia de la filosofía, la estética, etc. etc., o sufrir –como estaba sucediendo- dictámenes negativos a los informes de investigación o en los concursos docentes, Casalla tomó la palabra y dijo más o menos: “Todo lo que ustedes dicen está bien, pero esto no es una discusión abstracta, es concreta y es concretamente política. No se van a abrir los espacios por medio de una discusión filosófica, es necesario obrar políticamente. Por eso estamos haciendo una fuerza de choque en las Universidades y el CONICET y los invito a sumarse a ella. Es la única solución factible para evitar que la situación continúe e incluso empeore para ustedes”. Esta “fuerza de choque” se vinculaba, obviamente, al Partido Justicialista. Se hizo un silencio, al cabo del cual

Carlos Cullen, cordialmente y en voz suave dijo “¿Y qué pasa con los que no estamos de acuerdo con esa estrategia?”. La pregunta quedó en suspenso y debo decir que al escucharla me sorprendí porque sé que Carlos coincidía políticamente con Casalla. Hubo una especie de asentimiento tácito entre los demás de que era una pregunta decisiva. Cassalla nos miró e hizo un gesto con los hombros como diciendo “si no lo ven, allá ustedes”. Todo quedó allí. Pero esa simple frase de Carlos, expresada incluso como pregunta, a mí me aclaró de golpe mis dudas sobre “el límite”. Para un filósofo el límite es la posibilidad del disenso. Si no se puede discutir el disenso, no hay filosofía. El disenso es el campo en que se ejercita normalmente el *dia-logos* en que consiste esencialmente la filosofía.

Por eso FEPAI es ante todo un foro, un espacio para disentir racionalmente. Como suele decir Ivo Kravic, “hemos logrado juntar en nuestros actos, el agua con el aceite”. Y eso es así, hemos sentado en una mesa de exposición y debate a personalidades con amplísimas diferencias de todo tipo, teóricas, filosóficas, cosmovisionales, religiosas, políticas. No se trata de querer mezclarlos para obtener una pasta final homogeneizada. Se trata de presentar el disenso como un elemento de la vida que hay que aceptar y con el que debemos convivir. Como decía Kypplin de los árboles, las piedras y las estrellas: están ahí, y el simple hecho de estar en el mundo, les da derecho a estar; y al hombre también y por lo mismo. El hombre y todo lo que él es, sus convicciones, sus ideas, sus trabajos, sus anhelos.

Veo a Mauricio, entonces, sobre todo como un filósofo que a medida que han pasado los años ha llegado a valorar y a practicar cada vez más el disenso, expresado muchas veces en forma de dudas, de alternativas, de silencios ante las exigencias de aceptación, o -dicho de otro modo- hay cada vez más acento en el pensamiento crítico. Si las dos tareas básicas de la filosofía son –como solemos decir- la fundamentación y la crítica, yo diría que el acento del pensamiento de Mauricio en estos treinta años ha ido dando un giro desde un mayor acento en la fundamentación a un acento en la crítica. Y esto se percibe en el libro que nos convoca, cuyos trabajos se sitúan en la última década, creo que el más antiguo es de 1998. Y en ellos se ve claramente este acento en el pensamiento crítico. Pero no en el sentido de la Escuela de Frankfurt, ni como el de-constructivismo de Foucault, que es un fin en sí mismo, sino como una crítica positiva, una crítica a partir de la cual se puede empezar a construir. Claro que nos abre no una sino múltiples posibilidades de construir algo nuevo, dependiendo del talante del continuador de ese pensamiento, que opera, a menra socrática, casi como un “tábano”. En eso me parece ver la explicación de que Mauricio no tiene “discípulos” propiamente dichos, porque no ha formado “escuela” ni –es evidente- ha querido hacerlo. Pienso en esa magnífica lección de sabiduría que Hermann Hesse propone en su *Sidharta*: el mejor discípulo de Buda no fue “budista”.